

La princesa y los trastos
La princesa y Curdie



LAS TRES EDADES

Y DIJO LA ESFINGE:
SE MUEVE A CUATRO PATAS POR LA MAÑANA,
CAMINA ERGUIDO AL MEDIODÍA
Y UTILIZA TRES PIES AL ATARDECER.
¿QUÉ COSA ES?
Y EDIPO RESPONDIÓ: EL HOMBRE.

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Título original: *The Princess and the Goblin / The Princess and Curdie*

En cubierta: ilustración © Carolina T. Godina

© De la traducción, Carmen Martín Gaité y Cristina Sánchez-Andrade

© Del estudio preliminar, Carmen Martín Gaité

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© Ediciones Siruela, S. A., 2023

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid. Tel.: + 34 91 355 57 20

www.siruela.com

ISBN: 978-84-19419-62-0

Depósito legal: M-6.789-2023

Impreso en Gráficas Dehon

Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

LA PRINCESA
Y LOS TRASGOS

LA PRINCESA
Y CURDIE

GEORGE MACDONALD

Traducciones del inglés de
Carmen Martín Gaité
y Cristina Sánchez-Andrade

Estudio preliminar de
Carmen Martín Gaité

 Siruela

Las Tres Edades

Por qué la princesa tiene su propia historia

Había una vez una princesita cuyo padre reinaba en una vasta comarca, plagada de montes y valles. En la cima de uno de estos montes, se alzaba el palacio real, magnífico en proporciones y belleza. Irene, que así se llamaba la princesa, había nacido allí, pero como la reina tenía una salud muy precaria, a poco de dar a luz encargó a unos aldeanos la crianza de su hija y la mandó a vivir con ellos a una gran casa, mezcla de castillo y granja, situada en otro extremo de la comarca a medio camino entre la ladera y la cumbre de una montaña.

La princesa, aunque pequeñita y de dulce carácter, se había hecho adulta muy pronto. Creo que debía de haber cumplido ocho años cuando da comienzo mi historia. Tenía un rostro encantador y en cada uno de sus ojos, que más parecían trozos de cielo anochecido, se desvanecía una estrella sobre fondo azul. A juzgar por la frecuencia con que se dirigían a lo alto, se diría que aquellos ojos conocían su procedencia. El techo de su cuarto era azul con estrellas pintadas, reproduciendo el cielo tan fielmente como pudo conseguirse. Pero yo dudo de que la princesita hubiera visto nunca el cielo con estrellas de verdad, y será mejor que diga cuanto antes por qué.

Aquellas montañas estaban horadadas por dentro, llenas de cavernas enormes y pasadizos tortuosos, algunos recorridos por vetas de agua, otros brillando con todos los colores del arco iris cuando se colaba por ellos la luz. Pocas noticias se hubieran tenido de todo esto a no ser porque aquella era una zona rica en minas, y para extraer el mineral del que estaba preñada la montaña hubo que excavar profundos pozos y largas galerías de acceso a ellos. En el transcurso de estas excavaciones, los mineros descubrieron muchas de las cavernas naturales antes mencionadas. Algunas iban a desembocar lejos, en la otra ladera de la montaña o sobre un barranco.

Pues bien, esas cavernas subterráneas estaban pobladas por una rara especie de individuos a quienes se aludía como «los trasgos».

Era fama, según una leyenda arraigada en la región, que antaño vivían en la superficie y se parecían bastante al resto de los seres humanos. Para explicar las razones de su cambio también se echaba mano de distintas teorías legendarias. Según algunas, o el rey había aumentado los impuestos hasta límites que ellos juzgaron excesivos, o les exigió un acatamiento que los disgustaba o empezó a tratarlos con mayor severidad que a los demás habitantes de la zona y a imponerles leyes más estrictas.

Sea como fuere, un buen día desaparecieron. Pero contaba la leyenda que, en vez de marcharse a otra región, buscaron refugio en aquellas cavernas subterráneas, de las que nunca volvieron a salir más que de noche. Y para eso, raramente en grupos grandes y teniendo cuidado de no exhibirse tampoco nunca ante gente reunida.

Solamente en los parajes menos frecuentados y más abruptos de la montaña se decía haberlos visto alguna noche salir juntos al aire libre. Quienes en cierta rara ocasión

les habían echado la vista encima contaban que a lo largo de tantas generaciones bajo tierra su aspecto había sufrido una radical metamorfosis; y no era de extrañar, teniendo en cuenta que nunca les daba el aire, apiñados como vivían en cuevas húmedas, frías y tenebrosas. Se habían convertido en unos seres no ya normalmente feos sino absolutamente repugnantes y grotescos tanto en la forma del cuerpo como en los rasgos de la cara. Decían que ni la más desenfadada imaginación de un artista hubiera sido capaz de plasmar mediante la pluma o el pincel algo que superase la extravagancia de su aspecto. Aunque también es posible que quienes tal decían hubieran podido confundir a los trasgos mismos con los animales que los acompañaban, de los cuales hablaremos luego. Los trasgos mismos no se habían alejado de la raza humana hasta el extremo de que pudieran sugerir tales descripciones. Y así como su cuerpo se había ido distorsionando de mala manera, su inteligencia y sagacidad, en cambio, se habían desarrollado poderosamente, y eran capaces de acometer empeños que a los seres humanos ni se les pasaban por la cabeza. Aunque también es cierto que a medida que crecían en astucia crecían también en maldad, y sus mayores delicias se basaban en cualquier tipo de ocurrencia capaz de fastidiar a aquella gente que vivía congregada al aire libre por encima de sus cabezas. Un residuo de respeto a los demás les impedía el ejercicio de la crueldad en sí misma dirigida hacia sus compañeros de destino; pero en cambio habían cultivado tanto en su corazón la envidia ancestral contra quienes ocupaban su antiguo reino y especialmente contra los descendientes del rey, a quien culpaban de su expulsión, que vivían al acecho de cualquier oportunidad para infligirles tormento por medios tan sinuosos como la mente de quien los inventaba. Porque además, a pesar de su calamitoso aspecto, su fuer-

za física corría pareja con su ingenio. A lo largo del tiempo, habían llegado a establecer un gobierno propio con su rey y todo. Y, aparte de la resolución de sus negocios internos, el designio principal de aquel gobierno era inventar y llevar a cabo ardidés que contribuyeran a hacer la vida imposible a sus vecinos de la superficie.

Se comprenderá así de forma evidente que la princesita Irene nunca hubiera visto el cielo por la noche. Las personas de su entorno tenían demasiado terror a los trasgos como para dejarla salir a esas horas, ni siquiera en compañía de alguno de sus muchos servidores. Y era un terror muy fundado, como veremos más adelante.